

# ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

---

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

---

## EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO

### Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

Es, pues, doble el concepto del Cristo Místico: el Logos, la Segunda Persona de la Trinidad en su descenso á la materia, y el Amor, ó el segundo aspecto del Espíritu Divino desarrollándose en el hombre. El uno representa procesos cósmicos que han tenido lugar en el pasado: es la raíz del Mito Solar. El otro representa un proceso que se realiza en el individuo: la etapa final de su evolución humana: es origen de muchos de los pormenores del Mito. Ambos contribuyeron á las narraciones evangélicas, y juntos constituyen la Imagen del «Cristo Místico».

Consideremos primero al Cristo cósmico, la Divinidad envuelta en materia, la encarnación del Logos, el Dios hecho «carne».

Cuando la materia que había de formar nuestro sistema solar fué separada del océano infinito de materia que llena el espacio, la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, vertió su vida en ella para animarla y, en su consecuencia, hacerla apta para ser modelada. Esta función, ó sea el agregarla y el darle forma, corresponde á la vida del Logos, la Segunda Persona de la Trinidad, la cual se sacrificó, imponiéndose las limitaciones de la materia y constituyéndose en el «Hombre Celeste», en cuyo Cuerpo todas las formas existen, como partes integrantes suyas. Esta era la historia cósmica.

mica mostrada en los misterios á modo de drama—se entiende en los verdaderos Misterios, donde se representa conforme ocurrió en el espacio, pues en los Misterios del plano físico se representa por medios mágicos ó de otra especie, y á veces con la intervención de actores.

Los procesos descritos están expuestos con gran claridad en la *Biblia*. Cuando el «Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas», las tinieblas reinaban «sobre la haz del abismo» (1); el gran abismo de materia no exhibía forma alguna, estaba vacío; era el principio. La Forma la dió el Logos, el Verbo, del cual está escrito: «Todas las cosas por El fueron hechas; y sin El nada de lo que es hecho, fué hecho» (2). C. W. Leadbeater lo ha expresado muy bien: «El resultado de esta gran emanación primera (el 'movimiento' del Espíritu) es el despertamiento de esa admirable y gloriosa vitalidad que compenetra toda la materia y electriza sus átomos en los diversos planos, los cuales, por más inertes que aparezcan á nuestra turbia mirada física, desarrollan, en su virtud, toda suerte de atracciones y repulsiones, antes latentes, y entran en combinaciones de todo género» (3).

Sólo cuando esta obra del Espíritu se hubo terminado, pudo el Logos, el cósmico Cristo Místico, revestirse de materia, entrando en el que es, á la verdad, el vientre de la Virgen, la matriz de la Materia, virgen todavía—, improductiva. Esta materia había sido vivificada por el Espíritu Santo, el cual, cobijando á la Virgen, vertió en ella Su vida, disponiéndola así para recibir la vida del Segundo Logos, que tomó esta materia para vehículo de sus energías. Esta es la encarnación del Cristo, su hacerse carne.—«Tú no desdeñaste el vientre de la Virgen.»

En las versiones latina é inglesa del texto original griego del Credo de Nicea, han sido cambiadas las preposiciones de la frase que describe este aspecto del descenso, con lo cual se ha cambiado también su sentido. El original dice: «y se encarnó *del* Espíritu Santo y de la Virgen María»; mas la traducción dice: «y se encarnó *por* el Espíritu Santo *de* la Virgen María» (4). El Cristo «tomó forma, no de la materia 'Virgen' solamente, sino de la materia ya impregnada y palpitante con la vida del Tercer Logos (5), de modo que entrambos, vida y materia, Le envuelven como una vestidura» (6).

Este es el descenso del Logos á la materia, descrito como el nacimiento del Cristo de una Virgen; en el Mito Solar se convierte en el nacimiento del Dios Sol, cuando aparece el signo de Virgo.

Comienzan luego los esbozos de la obra del Logos en la materia, simbo-

(1) Gen. I, 2.

(2) San Juan I, 3.

(3) *The Christian Creed*, pág. 29. Es éste un librito de los más valiosos é interesantes, que versa sobre el significado místico de las creencias.

(4) *Ibid.*, pág. 42.

(5) Otro nombre del Espíritu Santo.

(6) *Ibid.*, pág. 43.

lizados con propiedad en la infancia de que habla el mito. Sus majestuosos poderes se someten á todas las debilidades de la infancia, manifestándose muy poco á través de las tiernas formas que anima. La materia aprisiona y aun parece amenazar de muerte á su Rey niño, cuya gloria está velada por las limitaciones que se ha impuesto. Mas Él la moldea lentamente en prosecución de altos fines, y la eleva á la virilidad, y se extiende entonces sobre ella en cruz para verter desde allí todos los poderes de Su entregada vida. Este es el Logos de quien dijo Platón que estaba en forma de cruz sobre el universo; este es el Hombre Celeste, fijo en el espacio, con los brazos extendidos en actitud de echar bendiciones; este es el Cristo crucificado, cuya muerte, sobre la cruz de la materia, la llena toda con Su vida. Muerto parece y sepultado, mas se levanta de nuevo, revestido de la materia misma en que pareció sucumbir, y eleva al cielo Su ya resplandeciente cuerpo, y allí recibe la fluyente vida del Padre, y se constituye en vehículo de la vida inmortal del hombre, cuya alma el Logos envuelve en Su propia vida, haciéndole cesión de ella para que pueda existir á través de las edades y desarrollarse y crecer hasta lograr Su misma estatura. En verdad, de Él estamos revestidos, primero de un modo material, y después espiritualmente. Él se sacrificó para llevar muchos hijos á la gloria, y con nosotros está siempre, hasta la consumación de los siglos.

Así, pues, la crucifixión de Cristo es parte del gran sacrificio cósmico, y la representación alegórica de él en los Misterios físicos y el sacro símbolo del hombre crucificado en el espacio, fueron materializados en una muerte real por crucifixión, y en un crucifijo con una forma humana moribunda; después esta historia, convertida ya en la historia de un hombre, fué aplicada al Divino Maestro Jesús, viniendo á ser la historia de Su muerte física, así como el nacimiento de una Virgen, la infancia rodeada de peligros, la resurrección y la ascensión, vinieron también á ser incidentes de Su vida humana. Los Misterios desaparecieron, pero sus grandiosas y gráficas representaciones de la obra cósmica del Logos, circundaron y realizaron la muy amada figura del Maestro de Judea; y así el Cristo cósmico de los Misterios con el perfil del Jesús histórico, llegó á constituir la Figura central de la Iglesia Cristiana.

Pero no fué esto todo; faltaba el último toque para hacer arrebatadora la figura del Cristo, y éste lo dió á su historia otro Cristo de los Misterios, íntimo y caro al corazón del hombre: el Cristo del Espíritu humano, el Cristo que está en todos nosotros, que nace, vive y es crucificado, y resucita de entre los muertos y sube á los cielos en cada «Hijo del Hombre» sufrido y triunfante.

La biografía contenida en los Evangelios es la relación de la vida de todos los iniciados en los verdaderos Misterios, en los Misterios celestes, consignada en sus rasgos más prominentes. Por eso habla San Pablo, como hemos visto (1), del nacimiento del Cristo en el discípulo y de Su evolución

(1) *Ante*, pág. 286.—ΣΟΦΙΑ de 1.º de Agosto de 1902.

y completo crecimiento en él. Cada hombre es un Cristo en potencia, y el desarrollo de la vida del Cristo en un hombre sigue la traza de la historia evangélica en sus más notables incidentes, los cuales son universales y no particulares, según hemos observado.

Cinco grandes Iniciaciones hay en la vida de un Cristo, cada una de las cuales señala una etapa en el desarrollo de la Vida de Amor. En la actualidad se imponen como en los tiempos antiguos; y la última determina el triunfo final del hombre, que ha trascendido la naturaleza humana, que ha logrado la divina, que se ha convertido en Salvador del mundo.

Vamos á dar un bosquejo de la historia de esta vida, repetida una y otra vez en las existencias que se entregan á la espiritualidad, y veremos cómo el Iniciado va pasando por la vida del Cristo.

A la primera gran Iniciación el Cristo nace en el discípulo; entonces, por vez primera, encuentra en sí mismo la explicación de lo que significa el verterse el Amor divino, pues experimenta el maravilloso cambio de sentirse uno con todo lo que alienta. Esto es el «Segundo Nacimiento», por el cual se regocijan las huestes celestiales, pues él ha nacido en «el reino de los cielos», como un «pequeñuelo», como «un niño», nombres siempre atribuidos á los nuevamente iniciados. Esto significan las palabras de Jesús, de que un hombre tiene que volverse niño para entrar en el reino de los cielos (1). Gran sentido tiene lo dicho por algunos de los primitivos escritores cristianos de que Jesús «nació en una cueva»—«establo» en la narración evangélica; la «Cueva de la Iniciación» es una frase antigua muy conocida, y el Iniciado nace siempre en ella; sobre esta cueva, «donde está el tierno niño», brilla la «Estrella de la Iniciación», la Estrella que aparece al Oriente siempre que nace un niño Cristo. Cada uno de estos niños está rodeado de peligros y amenazas, extraños riesgos que no corren otros niños, pues aquéllos están ungidos del crisma del segundo nacimiento, y los Poderes Tenebrosos del mundo invisible ponen todo su empeño en destruirlos. Mas á despecho de todas las asechanzas, alcanzan la virilidad, por que el Cristo, una vez nacido, no puede perecer, una vez comenzado su desarrollo, tiene que llegar al término de su evolución; y su preciosa vida se ensancha y crece, y su sabiduría y talla espiritual van siempre en aumento hasta que le llega la hora de recibir la segunda gran Iniciación—el Bautismo del Cristo por el Agua y el Espíritu—que le dota de los poderes necesarios para ser Maestro y ofrecerse al mundo y trabajar en él como «el Hijo Amado».

Entonces desciende sobre él en amplia medida el Espíritu divino, y la gloria del Padre invisible le envuelve con sus irradiaciones purísimas; pero á partir de este momento de dicha suprema es llevado por el Espíritu al desierto, y puesto una vez más á prueba de fieras tentaciones. Y es que entonces los poderes del Espíritu están desenvolviéndose en él, y los Seres Tenebrosos hacen esfuerzos para deslumbrarlo y apartarle de su camino, tra-

tando de seducirle con sus poderes mismos, á fin de que los emplee en provecho propio, en vez de entregarse á su Padre con paciente confianza. En las rápidas y súbitas transiciones que ponen á prueba su fortaleza y su fe, el Tentador encarnado murmura en sus oídos, tan pronto como ha sonado la voz del Padre, y las ardientes arenas del desierto abrasan sus pies, poco antes bañados en las frescas aguas del río santo. Vencedor de estas tentaciones pasa al mundo de los hombres para ayudarlos con el ejercicio de los poderes que no quiso emplear en la satisfacción de sus necesidades, y el que se resistió á convertir en pan una piedra para calmar sus apremiantes deseos, alimenta «á cinco mil hombres, mas las mujeres y los niños», con unos cuantos panes.

En su vida de sacrificio incesante goza de otro breve período de gloria: sube «á una alta Montaña apartada»—la sagrada Montaña de la Iniciación—y allí se transfigura y se reúne con algunos de sus grandes Predecesores, los Seres Poderosos de los antiguos tiempos que anduvieron los caminos que él está andando. De este modo pasa por la tercera gran Iniciación, y entonces se le aparece la sombra de su Pasión cercana, á pesar de la cual, rechazando las palabras tentadoras de uno de sus discípulos, se dirige con firmeza á Jerusalem, donde le aguarda el bautismo del Espíritu Santo y del Fuego. Después del Nacimiento, la persecución de Herodes; después del Bautismo, la tentación en el desierto; después de la Transfiguración, la sombra del último trance en el Camino de la Cruz. Las pruebas siguen á los triunfos hasta que se alcanza la meta.

Sigue aún creciendo la vida de amor, más completa y perfecta cada día, y cada vez con mayor notoriedad sigue el Hijo del Hombre apareciendo como el Hijo de Dios, hasta que acercándose el momento de la lucha final, la cuarta gran Iniciación lo lleva en triunfo á Jerusalem, á la vista de Getsemani y del Calvario. En esa hora es el Cristo dispuesto á ser ofrecido, pronto para el sacrificio de la cruz. Tiene que afrontar entonces la amarga agonía del Jardín, cuando hasta sus elegidos duermen, mientras él, en la zozobra de su mortal angustia, ruega por un momento que la copa sea apartada de sus labios; pero al fin triunfa su voluntad poderosa, y extendiendo su brazo coge la copa y la apura, en tanto que un ángel se le aparece en su soledad y le fortifica, como hacen los ángeles siempre que ven un Hijo del Hombre abrumado bajo el peso de su agonía. Al salir de allí, otras bebidas amargas se le ofrecen: la traición, la negación, el abandono; y sólo, entre enemigos que le escarnecen, entra en la prueba extrema. Atormentado por el dolor físico, herido por la espina cruel de la daga, despojado de sus hermosas vestiduras de pureza á los ojos del mundo, entregado en manos enemigas, y abandonado, al parecer, por Dios y los hombres, sufre con paciencia cuanto le sucede, esperando con ansia alguna ayuda en el último trance. Expuesto todavía al sufrimiento, crucificado para morir á la vida de la forma, para desprenderse de toda la vida que al mundo inferior corresponde, rodeado de enemigos triunfantes que se burlan de él, se ve envuelto por el último horror del negro

(1) S. Mateo XVIII, 3.

abismo, y allí, en la obscuridad, se encuentra en frente de todas las fuerzas del mal; su visión interna ha cegado, se siente sólo, completamente sólo, hasta el punto de que su corazón valiente, sumido en la desesperación, grita á su Padre de cuyo amparo se considera privado, y su alma humana, en absoluto aislamiento, experimenta la terrible agonía de la aparente derrota. Sin embargo, reuniendo toda la fuerza del «invencible espíritu», se desprende de la vida inferior, cuya muerte acepta voluntariamente, y abandonado el cuerpo de deseo, el Iniciado «desciende á los infiernos» para no dejar sin recorrer región alguna del universo donde pueda prestar su ayuda, para que no haya nadie tan proscrito que no pueda alcanzar su amor, que todo lo abarca. Y luego, surgiendo de las tinieblas, ve la luz una vez más, se siente de nuevo el Hijo inseparable de su Padre, se eleva á la vida que no tiene fin, radiante con la conciencia de haber afrontado y vencido á la muerte, poderoso para acorrer en todo extremo á cualquier hijo de hombre, capaz de derramar su vida en toda alma atribulada. Permanece algún tiempo entre sus discípulos para instruirlos, revelándoles los misterios de los mundos espirituales y preparándoles además para hollar el sendero que él ha seguido; y agotada su vida terrestre, sube á su Padre, y en la quinta gran Iniciación se convierte en Maestro triunfante, lazo entre Dios y el hombre.

Tal es la historia realizada en los verdaderos Misterios de los tiempos antiguos y modernos, y representada dramáticamente por medio de símbolos en los Misterios del plano físico, mitad velados, mitad manifiestos. Tal es el Cristo de los Misterios en Su doble aspecto, cósmico é individual, Logos y hombre. ¿Es, pues, de maravillar, que esta historia, vagamente sentida por el místico, aun cuando la ignore, se haya enredado en el corazón y haya servido de inspiradora á toda vida noble? El Cristo del corazón es, para la mayor parte, Jesús considerado como el Cristo místico humano, luchando, sufriendo, muriendo, y al fin triunfando: el Hombre en quien la humanidad se ve crucificada y vuelta á la vida, cuyo triunfo es promesa de victoria para todo aquel que, como El, sea leal en la muerte y aun más allá: Cristo que jamás será olvidado mientras nazca una vez y otra entre los hombres, y el mundo necesite Salvadores y los Salvadores se entreguen por el mundo.

(Se continuará.)



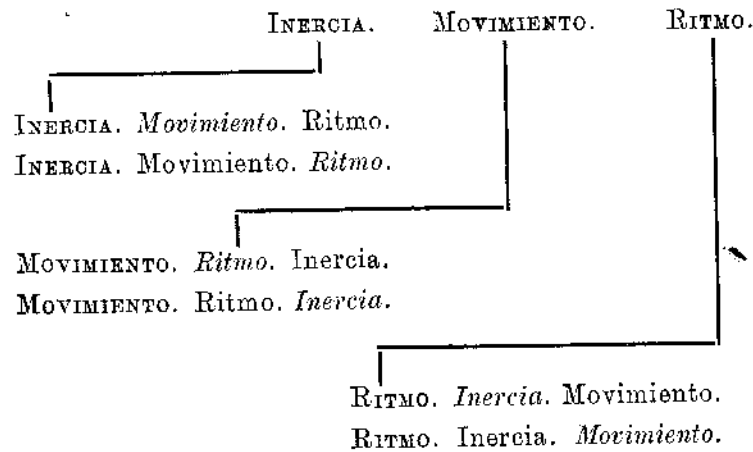
## LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(Continuación).

### LAS SIETE CORRIENTES

CONSTANTEMENTE se hace la siguiente pregunta: ¿Por qué esta función continua del número siete? Lo llamamos el «número fundamental de nuestro sistema», y hay una razón patente para que este número represente una parte activa en la agrupación de las cosas, toda vez que las triplicidades antes mencionadas nos conciernen. Una triada produce un septenario por sus propias relaciones internas, puesto que sus tres factores pueden agruparse de siete modos y no más. Hemos hablado de la materia, fuera de los límites de un universo, poseyendo las tres cualidades de la materia—inercia, movimiento y ritmo—en estado de equilibrio. Cuando la Vida del Logos da origen al movimiento, viene inmediatamente la posibilidad de siete grupos, pues en todo átomo ó grupo de átomos, una ú otra de estas cualidades puede haber recibido más energía que las demás, resultando por ello una cualidad predominante. De aquí que pueda haber tres grupos, en uno de los cuales predomine la inercia, en otro el movimiento y el ritmo en el tercero. Cada uno de ellos se subdivide á su vez, según predomine en él una ú otra de las dos cualidades restantes; así en una de las dos combinaciones que corresponden al grupo inercia, el movimiento puede predominar sobre el ritmo, y en la otra viceversa, y lo mismo sucede con los otros dos grupos, el del movimiento y el del ritmo. De esto se derivan los bien conocidos tipos, clasificados con arreglo á la cualidad predominante, generalmente designados por sus nombres sanskritos, sâttvico, râjasico y tâmasico, y tenemos alimentos, animales, hombres, etc., sâttvicos, râjasicos y tâmasicos. Y en junto obtenemos siete grupos, seis subdivisiones de las tres, y una séptima en la que las tres cualidades están igualmente activas. Las variedades de tipos de letra, tienen sencilla-

mente por objeto señalar en cada triada las energías relativas de las cualidades).



La Vida del Logos que ha de fluir en esta materia, se manifiesta en siete corrientes, y todas las formas son asignables á una ú otra de las mismas. Es evidente que habrá además otras siete subdivisiones en cada corriente, resultante de la séptuple forma de agrupación antes descrita — cuarenta y nueve y así sucesivamente — hasta que resulta una inmensa complejidad; pero fundamentalmente todas están agrupadas bajo las siete corrientes primarias de la vida del Logos. Estas siete corrientes no deben confundirse con los siete planos; pueden imaginarse como transcurriendo una al lado de otra á través de cada uno de los siete planos, teniendo cada plano sus propios grupos primarios de formas.

Basta con notar que hay estas siete corrientes sin bosquejar las marcas características de los tipos. Se han de ver como siete tipos distintos en cada uno de los tres Reinos Elementales y en el plano físico. Mad. Blavatsky en *La Doctrina Secreta*, tratando del hombre, cita de las Estancias del *Libro de Dzyán*, el hecho de que hay «Siete de Ellos (Creadores), cada uno en Su Lote», formando los siete tipos de hombres y éstos se subdividen; «siete veces siete sombras de hombres futuros nacieron» (1).

(1) *Doctrina Secreta*, II, 18, 81, 95, ed. inglesa.

Aquí está la raíz de la diferencia de temperamentos de los hombres.

### LOS RESPLANDECIENTES

Tenemos que considerar ahora otro resultado del descenso de la ola de Vida. Hemos visto que dota de cualidades á las agregaciones de materia en el primero y segundo planos, y que tenemos en el Primer Reino Elemental materiales dispuestos para revestir pensamientos abstractos; en el Segundo Reino Elemental, materiales para revestir pensamientos concretos; en el Tercer Reino Elemental materiales para revestir deseos. Pero además de comunicar cualidades á las agregaciones de materia, el Segundo Logos produce, durante esta etapa de Su descenso, seres evolucionados de diverso grado de desarrollo, que constituyen los habitantes normales y típicos de estos tres reinos. Estos seres han sido traídos por el Logos de una evolución anterior, y son enviados desde la tesorería de Su vida á habitar el plano apropiado á su desarrollo y á cooperar con El, y más adelante con el hombre, en el desenvolvimiento de Su esquema de evolución. Han recibido varios nombres en las diversas religiones, pero todas las religiones reconocen el hecho de su existencia y de su obra. El nombre sankrito Devas—los Resplandecientes—es el más general y describe bien la característica más marcada de su apariencia, una radiación brillante luminosa (1). Las religiones hebrea, cristiana y mahometana los llaman Arcángeles y Angeles. El teosofista—á fin de evitar la nota de secta—los llama, con arreglo á la región que habitan, Elementales; y este título tiene además la ventaja que recuerda al estudiante su relación con los cinco «Elementos» del mundo antiguo: Eter, Aire, Fuego, Agua y Tierra; pues hay seres similares de tipo más elevado en los planos átomico y búddhico, lo mismo que los Elementales del Fuego y del Agua de los planos mental y del deseo y los Elementales etéreos del físico. Estos seres tienen cuerpos formados con la esencia elemental del reino á que pertenecen, cuerpos resplandecientes de muchos matices, que cambian de forma á voluntad de la entidad animadora. Constituyen

(1) La traducción de este término descriptivo como «Dioses», ha inducido á muchos errores acerca del pensamiento oriental. Los «treinta y tres erores de Dioses» no son Dioses en el sentido occidental de la palabra, sino simplemente Devas.

una gran hueste, siempre activa, trabajando la esencia elemental para mejorar su calidad, tomándola para formar sus cuerpos, lanzándola de sí y tomando otra porción para hacerla responder mejor, y así mismo están constantemente ocupados en moldear las formas, en ayudar á los Egos humanos en su camino á la reencarnación, en la construcción de sus nuevos cuerpos, aportando materiales de la clase requerida y cooperando á su arreglo. Mientras menos avanzado sea el Ego, tanto mayor es la obra directiva de los Devas; con los animales hacen casi todo el trabajo, y prácticamente todo con los vegetales y minerales. Son los agentes activos en la obra del Logos, llevando á efecto todos los detalles de Su plan del mundo, y ayudando á las innumerables vidas evolutivas á encontrar los materiales que necesitan para su vestimenta. Toda la antigüedad reconoce la obra indispensable que ejecutan en los mundos, y China, Egipto, India, Persia, Grecia y Roma, cuentan la misma historia. No sólo se encuentra en todas las religiones la creencia en los más elevados de entre ellos, sino que existe aún memoria de los de los planos del deseo y etéreo físico, en las tradiciones populares, en relatos de «espíritus de la naturaleza», «Hadas», «Gnomos» y otros muchos nombres: recuerdos de unos tiempos en que los hombres estaban menos envueltos por los intereses materiales, y eran más sensibles á las influencias que se ejercían sobre ellos desde mundos más sutiles. Esta concentración en los intereses materiales, necesaria para la evolución, ha arrancado de la percepción de la conciencia humana el trabajo de los Elementales; pero esto, por supuesto, no detiene su obra, aunque á menudo la hace menos efectiva en el plano físico.

En la etapa que estamos considerando, sin embargo, todo este trabajo, exceptuando el mejoramiento de la esencia elemental, pertenecía al lejano futuro, pero los Resplandecientes trabajaban con diligencia en esta mejora.

De este modo se ejecutaba una vasta obra de preparación antes de que nada que se asemejase á formas físicas, que nosotros pudiéramos reconocer, pudiese aparecer; una vasta labor en el lado de la forma de las cosas, antes que la Conciencia, exceptuando la del Logos y Sus Resplandecientes, pudiese hacer absolutamente nada. Lo que había de ser conciencia humana, era una semilla sembrada en los planos superiores é inconsciente de todo fuera de ellos. Bajo el calor impulsivo de la vida del

Logos, ella echa hacia abajo una pequeña raíz que se abre camino dentro de los planos inferiores, ciega é inconscientemente, y esta raíz formará nuestro próximo objeto de estudio.

#### EL ATOMO PERMANENTE

Volvamos ahora á la Triada espiritual, el triatómico Átmâ-Buddhi-Manas, el Jivâtâmâ, la semilla de Conciencia, dentro de la cual el calor de la corriente de vida del Logos que la rodea, produce débiles estremecimientos de vida que responde. Estos son estremecimientos internos preparatorios de actividades externas. Después de una larga preparación, aparece un hilo delgado como una diminuta raíz, según antes se dijo, procedente de la molécula triatómica de Conciencia, un hilo de vida color de oro revestido de materia búddhica; aparecen innumerables hilos semejantes, flotando vagamente en un principio en las siete grandes corrientes de vida, y luego anclándose, si se permite la expresión, uniéndose á una sola molécula ó unidad del cuarto subplano mental. Alrededor de esta unidad así ligada, se reúnen en cada caso agregaciones temporales de esencia elemental del Segundo Reino, desparramándose y volviéndose á reunir una y otra vez sobre la ligada unidad como un centro. Este centro estable, sirviendo para una sucesión sin fin de formas complejas cambiantes, se despierta gradualmente por las vibraciones de estas formas, con apagadas respuestas, cuyos débiles estremecimientos pasan á la semilla de Conciencia, en la que producen vagos movimientos internos. No puede decirse que cada centro tenga siempre á su alrededor una forma suya propia; pues una agregación de esencia elemental puede encerrar varios ó muchos de estos centros, y también uno solo ó ninguno. De este modo, con lentitud inconcebible, estas ligadas unidades se hacen poseedoras de ciertas cualidades, esto es, adquieren el poder de vibrar de cierto modo que está relacionado con el pensar, y que en lo sucesivo hará posible el pensamiento. Los Resplandecientes del Segundo Reino Elemental, obran también sobre ellos dirigiéndoles vibraciones, á las cuales principian gradualmente á responder, y lo rodean de la esencia elemental que arrojan de sus propios cuerpos. Además, cada uno de los siete grupos principales está separado de los demás por un delicado muro de esencia monádica (materia atómica animada por

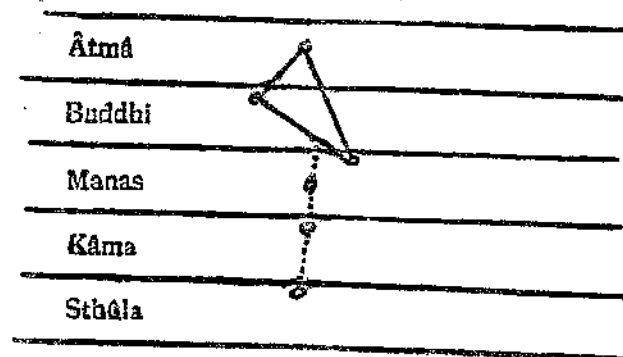
la vida del Segundo Logos) el muro de la futura «Alma-Grupo».

Todo este proceso se repite cuando se forma el Tercer Reino Elemental. El diminuto hilo de revestida vida búddhica pasa ahora, con su ligada unidad mental, al plano del deseo, y se une á un solo átomo astral, añadiéndolo á sí mismo, como su centro estable en el plano del deseo. Alrededor de éste se reúnen entonces agregaciones temporales de esencia elemental del Tercer Reino, esparciéndose y volviéndose á juntar como antes, dándose resultados análogos á medida que innumerables sucesiones de formas revisten á este centro estable, haciéndole dar débiles respuestas similares, que á su vez envían sus apagados estremecimientos á la semilla de Conciencia, produciendo en ella otra vez vagos movimientos internos. De este modo también, estos átomos ligados adquieren lentamente ciertas cualidades, ó sea el poder de vibrar de cierto modo relacionado con la sensación, haciéndola posible en lo sucesivo. Aquí también los Resplandecientes del Tercer Reino Elemental cooperan á la obra empleando sus poderes de vibración más altamente desarrollados, para producir simpáticamente en estos átomos no desarrollados, el poder de responder, dándoles, como antes, su propia substancia. El muro divisor de cada uno de los siete grupos, adquiere una segunda capa formada de la esencia monádica del plano del deseo, aproximándose así otro grado al muro de la futura «Alma-Grupo».

Nuevamente se repite el proceso cuando la gran oleada pasa adelante al plano físico. El diminuto hilo de la encubierta vida búddhica, con sus ligadas unidades mental y de deseo, avanza una vez más y se anexiona un átomo físico, anexionándose como su centro estable en el plano físico. A su alrededor se juntan moléculas etéreas, pero siendo la materia física más pesada, es más coherente que la materia sutil de los planos superiores, por lo que puede observarse un término de vida más largo. Entonces—á medida que se forman los tipos etéreos de los protometales, y más adelante los cuerpos simples de los protometales, metales, no metálicos y los minerales—los Resplandecientes del Reino Físico Etéreo sumergen estos átomos retenidos, con sus cubiertas de eter, en uno de los siete tipos etéreos á que respectivamente pertenecen, y principian su larga evolución física. Pero antes de poder seguir adelante, debemos considerar las Almas-Grupos que reciben en el subplano atómico su terce-

ra capa envolvente. Por el momento sólo necesitamos comprender la existencia, naturaleza y función de estos átomos permanentes, trinidades ó triadas, que son como una reflexión en los planos inferiores de las Triadas espirituales del plano superior, cada uno de los cuales está unido á una Triada espiritual, su Jivátmá. Cada triada está constituida de un átomo físico, un átomo astral y una unidad mental, unida por un hilo de materia búddhica á una Triada espiritual. Este hilo ha sido llamado á veces el Sútrátmá, el Hilo-Yo, porque las partículas permanentes se van engarzando como «cuentas en un hilo» (1).

Podemos recurrir otra vez á un diagrama para demostrar la relación.



La función de estas triadas inferiores—la única conexión durante largas edades entre el Jivátmá y los planos inferiores—es conservar dentro de sí, como poderes vibratorios, los resultados de las experiencias porque han pasado. Si miramos hacia adelante, veremos que más tarde sirven de eslabón entre el Ego que se reencarna y los planos inferiores, y actúan como los núcleos de sus cuerpos inferiores cuando principia una nueva encarnación. Los resultados de todas las experiencias físicas asimiladas permanecen almacenados en el átomo físico permanente, como poderes para vibrar de cierto modo; los resultados de todas las experiencias astrales asimiladas son del mismo modo

(1) Este término se usa para denotar varias cosas, pero siempre en el mismo sentido, como un hilo que conecta partículas separadas. Se aplica al Ego que se reencarna, como el hilo en que se engarzan muchas vidas separadas; al Segundo Logos, como el Hilo en el cual los seres de Su universo están engarzados, y así sucesivamente. Expresa una función más bien que una entidad especial ó clase de entidades.

almacenadas en el átomo astral permanente, y las mentales en la unidad mental. Los cuerpos físico, astral y mental perecen á la muerte y después de ésta, pero esta unidad triádica permanece siempre en el cuerpo causal. Y cuando llega el tiempo de la reencarnación, la unidad mental actúa como el centro de atracción para el nuevo cuerpo mental, atrayendo á sí los materiales apropiados, puestos á su alcance por los Resplandecientes del Segundo Reino Elemental, y moldeados por ellos en las etapas primitivas de la evolución, y por el Ego en las últimas, hasta que así se obtiene un cuerpo mental apropiado. El átomo astral ejecuta un papel semejante en la formación del cuerpo astral, y el átomo físico en la formación del físico. Como nuestros lectores ya bien saben, el Ego tiene poco que ver inmediatamente con la construcción del cuerpo físico; él proporciona el átomo permanente que ha conservado, y la presencia de este átomo es, efectivamente, lo que permite al constructor etéreo, el espíritu de la naturaleza, escoger el material apropiado para su obra, por cuanto tiene que estar en consonancia con el átomo permanente.

Que semejantes complicados resultados, capaces de imprimir sus peculiaridades en la materia circundante, puedan existir en espacio tan diminuto, puede, en verdad, parecer inconcebible; sin embargo, así es. Y es digno de notar que la ciencia ordinaria patrocina una idea semejante, por cuanto los bióforos en la célula germinal de Weismann se supone que proporcionan de este modo á la descendencia las características de su línea de progenitores. Al paso que el uno proporciona al cuerpo las peculiaridades físicas de sus antecesores, el otro suple las que han sido adquiridas por el hombre que evoluciona durante su propia evolución. H. P. Blavatsky lo ha expresado muy claramente:

El filósofo embriólogo alemán—dando la vuelta por encima de Hipócrates y de Aristóteles, directamente á las enseñanzas de los antiguos arios—muestra una célula infinitesimal, entre millones de otras que trabajan en la formación de un organismo, sola y sin ayuda, determinando por medio de una constante segmentación y multiplicación, la imagen exacta del hombre futuro, en sus características físicas, mentales y psíquicas. . . . Completad el plasma físico antes mencionado, la «célula germinal» del hombre con todas sus potencialidades materiales, con el «plasma espiritual, por decirlo así, ó el fluido que contiene los cinco principios inferiores de los Dhyani de seis princi-

pios, y tendréis el secreto si sois bastante espirituales para comprenderlo (1).

Varias veces se ha preguntado cómo pueden estos átomos permanentes quedar en el cuerpo causal, sin perder sus naturalezas física, astral y mental, toda vez que el cuerpo causal existe en un plano superior donde lo físico, como físico, no puede estar. Cuando esto se pregunta, no se tiene presente que todos los planos se compenetran, y que no es más difícil al cuerpo causal rodear la triada de los planos inferiores, que rodear los cientos de millones de átomos que constituyen los cuerpos mental, astral y físico, que le corresponden durante un período de vida terrestre. La Triada forma una partícula diminuta en el cuerpo causal; cada parte de ella pertenece á su propio plano, pero como los planos tienen en todas partes puntos de contacto, ninguna dificultad se presenta en la necesaria justaposición.

#### ALMAS-GRUPOS

Hablando en términos generales, un Alma-Grupo es una colectividad de triadas permanentes dentro de una triple envoltura de esencia monádica. Esta descripción es verdad en todas las Almas-Grupos, pero no da una idea de la extrema complejidad de las Almas-Grupos; pues se dividen y subdividen constantemente, disminuyendo en número el contenido de esas divisiones y subdivisiones, á medida que prosigue su curso la evolución, hasta que finalmente el «Alma-Grupo» sólo encierra una triada hacia la cual puede continuar ejerciendo, durante muchos nacimientos, las funciones protectoras y alimentadoras, al paso que técnicamente ya no puede considerarse como una, por haberse separado el «Grupo» en sus partes constitutivas.

En la vida de la región etérea del plano físico, las Almas-Grupos constituyen un aspecto definido y notable. Al principio de la formación de los tipos etéreos se observan siete Almas-Grupos, pero la división prosigue rápidamente con la multiplicación de subgrupos distintos, á medida que aparecen los precursores inmediatos de los elementos químicos, y subsiguientemente los cuerpos simples y los minerales que de ellos se for-

(1) *Doctrina Secreta*, I, 243, 244, ed. inglesa.

man. Las leyes del espacio, por ejemplo, pueden conducir á la división de un Alma-Grupo, así como también la especialización de sus contenidos, las triadas permanentes. Así, una veta de oro en Australia puede conducir á la inmineralización de muchas triadas semejantes dentro de una sola envoltura, al paso que el establecimiento de otra vena en un sitio distante, pongamos por ejemplo, las Montañas Rocosas, puede inducir una división de esta envoltura y la transferencia de parte de su contenido á América en su propia envoltura. El Alma-Grupo se divide por rompimiento como una célula ordinaria: una se convierte en dos, dos en cuatro y así sucesivamente. Todas las triadas tienen que pasar por el reino mineral, lugar donde la materia alcanza su forma más grosera, y sitio donde la gran oleada llega al límite de su descenso y principia su subida. Aquí es donde la conciencia física ha de despertarse; la vida tiene que volverse definitivamente hacia afuera y reconocer los contactos con otras vidas en un mundo externo.

Ahora bien, la evolución de cada ser en estos estados primitivos depende principalmente de la amante vida del Logos, y en parte de la dirección cooperadora de los Resplandecientes, y en parte también de su propia ciega presión contra los límites de la forma aprisionadora. He comparado la evolución al través de los reinos mineral, vegetal y animal, á un período antenatal, y el parecido es exacto. Del mismo modo que el niño es alimentado por las corrientes de vida de la madre, así también la protectora envoltura del Alma-Grupo alimenta las vidas dentro de ella, recibiendo y distribuyendo las experiencias que en ella se juntan. La vida que circula es la vida de la madre; las jóvenes plantas, los jóvenes animales, los jóvenes seres humanos no están todavía preparados para la vida independiente, sino que tienen que sacar su alimento de la madre. Y así estas vidas germinales en el reino mineral son alimentadas por las Almas-Grupos, por medio de las envolturas de esencia monádica, palpitando con la vida del Logos.

Con objeto de que se adquiriera un concepto más claro, podemos echar una ojeada hacia adelante en los cambios porque pasa el Alma-Grupo á medida que su contenido evoluciona. Durante la evolución mineral, la morada del Alma-Grupo puede decirse que es su envoltura más densa, la física; su función más activa es en el plano físico. A medida que su contenido pasa

adelante al reino vegetal y asciende en él, la envoltura física desaparece lentamente—como absorbida por los contenidos para fortalecer sus propios cuerpos etéreos—y su actividad es transferida al plano astral para alimentación de los cuerpos astrales de las triadas que contiene. Así que éstas se desarrollan aún más y pasan al reino animal, la envoltura astral es absorbida del mismo modo y la actividad del Alma-Grupo pasa al plano mental y alimenta los caóticos cuerpos mentales y los forma gradualmente haciendo menos vagos sus contornos. Cuando el Alma-Grupo sólo contiene una triada y ha preparado á ésta lo suficiente para recibir la tercera oleada, lo que de ella queda se convierte en una parte constitutiva del cuerpo causal, formado por la oleada arriba, poniéndose en contacto con la columna ascendente que parte de abajo, usando el gráfico similitudinal del surtidor de agua. Entonces el Ego que se reencarna nace á la manifestación; la guardada vida antenatal ha concluído.

(Se continuará.)

ANNIE BESANT.

\*\*\*

## EL TESTIMONIO EXTERNO MÁS PRIMITIVO

### ACERCA DE LA FECHA DE JESÚS

(CONTINUACIÓN).

Así, pues, cuando encontramos el término «Crhistiani» en los escritores paganos con relación á turbulencias del siglo primero, no debemos suponer desde luego que los así designados han sido necesariamente adeptos de Jesús de Nazaret; por el contrario, pueden haber sido sencillamente judíos mesianistas y muy probablemente del tipo de zelotas. Y pudiera argüirse que tal era el caso cuando Suetonio, en la segunda de sus famosas sentencias de su Vida de Nerón (emp. 54-68) nos dice (capítulo XVI) que ciertos «Crhistiani» fueron severamente castigados ó sufrieron el tormento; á éstos los describe como «una clase de gente que creía en una nueva y perjudicial superstición». Esto pudiera aplicarse á los mesianistas, pues los roma-

nos se habían visto obligados á combatir muchas turbulencias de esta naturaleza en Palestina, en los reinados de Tiberio, Claudio y Nerón, y sin duda algunos tumultos de carácter semejante habían surgido igualmente entre los judíos de la Dispersión. Pero no podemos estar seguros de que este sea el sentido de Suetonio, aun no teniendo en cuenta que la cuestión se complica todavía mucho más por lo que se encuentra en Tácito sobre el asunto. Y mucho menos podemos resolver la dificultad suponiendo que las dos sentencias de Suetonio son interpolaciones de una mano cristiana, porque es casi imposible creer que cualquier cristiano haya usado semejante fraseología.

Nosotros, por tanto, nos volvemos finalmente al famoso pasaje de Tácito (*Ann.* XV, 44) donde vemos claramente expuesto que los cristianos eran así denominados á causa de cierto Christus que en el reinado de Tiberio fué ejecutado bajo Poncio Pilatos. Esta declaración aparece en un breve pero gráfico relato de las horribles crueldades que, según se decía, habían sufrido estos cristianos bajo Nerón. Esto era relacionado con el gran incendio de Roma del año 64 de nuestra Era. Tácito expresa que en aquel tiempo se creía generalmente que el incendio había sido causado por órdenes expresas del Emperador. A fin de descarriar la opinión pública y desmentir esta imputación, Nerón había escogido á los cristianos para que hiciesen el papel de testaferreros, teniendo en cuenta que eran generalmente detestados por sus malas prácticas. Fueron acusados, atormentados, condenados y ejecutados con refinamientos de crueldad.

Desde el tiempo de Gibbon, sin embargo, se ha puesto muy en duda que en aquella fecha fuesen los cristianos bastante numerosos en Roma para ser tan singularizados, por lo que se ha sostenido que la furia del populacho se había desencadenado simplemente sobre los judíos en general, viendo que el fuego había principiado en su barrio; en una palabra, que Tácito se equivocó y que atribuyó el odio popular hacia los cristianos de su propio tiempo á la época de Nerón.

Relacionado con esto tenemos que recordar la corta sentencia de Suetonio, que aparentemente se refiere al mismo suceso, cuando leemos á Tácito, pero que parece que no tiene nada que ver con él cuando leemos á Suetonio. Podemos además especular si Suetonio sacó esta información de Tácito ó si Tácito pudo haber enriquecido la declaración de Suetonio. Pero, seguramente,

si Suetonio tuvo ante sí el pasaje de Tácito y creyó en la opinión sobre el asunto de su gran contemporáneo, hubiera hecho mayor uso de sus detalles gráficos. Parece mucho más probable que Suetonio reprodujo las arideces de algún breve relato oficial, al paso que Tácito, al exponer un bosquejo del carácter de Nerón con datos insuficientes y con grandes prejuicios en su contra, reunió sucesos no relacionados y los transcribió con los más ostentosos colores de una vívida imaginación excitada por algunos relatos trágicos que había oído referentes á los cristianos de su propio tiempo (1).

Pero no nos interesa tanto la persecución de los Christiani bajo Nerón, como la declaración explícita de que los Christiani que Tácito tenía en su mente, eran los partidarios de ese Christus que fué muerto bajo Poncio Pilatos en el reinado de Tiberio. Si esta declaración proviene de la pluma de Tácito y está basada en informes sacados de anales romanos, no hay entonces nada más que decir. La contestación positiva á nuestra pregunta está encontrada, y la fecha aceptada de Jesús se sostiene firme.

La famosa sentencia es como sigue: «*Auctor nominis ejus Christus Tiberio imperitante per procuratorem, Pontium Pilatum supplicio affectus erat.*»

En primer lugar, demos por hecho su autenticidad; esto es, que tenemos ante nosotros una sentencia escrita por Tácito mismo. Aun así, es muy difícil llegarse uno á persuadir que la declaración se deriva de anales romanos oficiales. Por el contrario, tiene toda la apariencia de ser parte de una fórmula cristiana. Seguramente en un registro oficial no se vería el nombre de Pilatos sin otra calificación que la de simple procurador. ¿Procurador de qué? «En el reino de Tiberio bajo el Gobernador Pilatos», significaría algo definido para un cristiano, porque sabe que toda la historia de su Christus tenía que ver

(1) Véase *Christus und die Caesaren: Der Ursprung des Christenthums aus dem römischen Griechenthum*, de Bruno Bauer (Berlín, 1879, 2.<sup>a</sup> ed.). Que en general, Tácito es un romancero histórico que ha fascinado demasiado tiempo á los maestros de escuela y á sus discípulos por la hermosura de su estilo, y no un historiador serio, es un juicio aceptado entre los historiadores eruditos competentes. Véase especialmente *Tiberius the Tyrant*, por Taner (J. C.) (Londres 1902). Taner presenta á Tiberio bajo un aspecto muy distinto de la caricatura de Tácito, para quien la buena fama del emperador antisenatorial era de menos importancia que el redondear bien una frase.

en la Judea, pero para un romano la frase no tendría un significado de naturaleza precisa. Más adelante, en el relato de Tácito, es verdad que se nos dice que la secta cristiana tuvo origen en la Judea; pero por otra parte debemos recordar que precisamente este repentino «Pilatos el Gobernador» es lo que nos sale al encuentro en nuestra investigación de la tradición sinóptica, como demostramos en nuestro artículo anterior. Pudiera ser, pues, de interés (si la sentencia es auténtica), determinar la fecha de la escritura de esta parte de los *Anales*, pero esto es imposible hacerlo con alguna exactitud. Parece, sin embargo, probable, que fué escrita después de 117 de nuestra Era, fecha en que la fórmula de Pilatos estaba, sin duda alguna, firmemente establecida en los círculos cristianos.

Es también de notar que Tácito parece que no sabe nada acerca del nombre de Jesús; y es muy improbable que en cualquier registro oficial se omitiese el nombre propio de la persona y se usase un nombre que los funcionarios familiarizados con los asuntos de Palestina debían saber que era un título general que en aquel tiempo pretendían muchos. Por otra parte, Jesús, según la tradición canónica, no fué acusado de ser un pretendiente al mesianismo, asunto que no concernía á los magistrados romanos, sino de la falta política de pretender ser el rey de los judíos. Es, pues, mucho más probable que Tácito sacase sus noticias de rumores públicos, é imaginase que Christus era el nombre verdadero y único del fundador de la secta cristiana.

Pero todas estas consideraciones dependen de la suposición de que tenemos una sentencia auténtica de Tácito ante nosotros. Ahora bien: con mucha frecuencia se ha indicado que «*Tiberio imperitante*» es por completo opuesto á los usos de Tácito. No se encuentra su paralelo en ninguna otra parte de su vocabulario y además es contrario al uso general. Los primitivos Emperadores eran aún considerados tan sólo como cabeza de la República y como tales eran llamados Príncipes; por tanto, deberíamos esperar «*Príncipe Tiberio*» ó alguna combinación análoga. Los argumentos filológicos, sin embargo, por regla general son rara vez muy convincentes; pero no es muy fácil desechar el presente desde luego. La sentencia, por otra parte, tiene gran apariencia de haber sido insertada en el resto del relato. Muchos, por tanto, la consideran una interpolación y algunos hasta opinan que todo el capítulo es una fabricación. Como dice

Hochart: «Este capítulo contiene casi tantas dificultades inexplicables como palabras» (1).

Pero este laborioso sabio representa la extrema izquierda de la crítica de Tácito, y por valioso que sea su trabajo para mostrar las dificultades que hay que vencer antes de llegar á la convicción de que todo el capítulo de que se trata (y mucho más la sentencia que nos interesa) no es, según él sostiene (2), una interpolación, su autoridad es algún tanto debilitada por sus largas investigaciones subsiguientes (3) en las que animosamente revive toda la cuestión de la autenticidad del famoso manuscrito, que pretende contener los últimos seis libros de los *Anales* y los cinco primeros de las *Historias* de Tácito, que se publicaron primeramente en 1429 por Poggio Bracciolini y Niccoli—el único manuscrito del que se han sacado todas las copias desde entonces. Hochart sostiene que en el mismo sabio humanista Poggio tenemos á un Pseudo-Tácito, y que en esos libros de las *Historias* y *Anales* nos hallamos, por tanto, frente á frente, con un esmerado pseudo-epígrafe.

En resumen, sin embargo, me inclino á creer que el esfuerzo para sostener esta conclusión es demasiado grande hasta para el escepticismo más fuerte (aunque pudiera ser que cosas más extrañas hayan sucedido en la literatura). En todo caso no afecta al punto principal de nuestro argumento, á saber: que admitiendo la autenticidad del capítulo y hasta de la sentencia que especialmente concierne á nuestra investigación, no podemos estar seguros de que tenemos en ella una confirmación de la tradición canónica de la fecha de Pilatos, de origen independiente.

JOSEFO

Hemos, pues, pasado revista á nuestras noticias más primitivas de los escritores paganos del siglo segundo, y podemos

(1) *Annales de la Faculté des Lettres de Bordeaux*, 1864. N.º 2.

(2) *Études au Sujet de la Persecution des Chrétiens sous Néron*, por P. Hochart (Paris 1885). Para argumentos en favor de su autenticidad véase *Die neronische Christenverfolgung*, de Arnold (C. F.) (Leipzig, 1888).

(3) *De l'Authenticité des Annales et des Histoires de Tacite* (Paris 1890), página 320 y *Nouvelles Considerations au Sujet des Annales y des Histoires de Tacite* (Paris 1894), pág. 293.

ahora dirigir nuestra atención á ese escritor judío del siglo primero que más que ningún otro debe suponerse que nos puede proporcionar la certeza que buscamos.

Joseph ben Mattathiah, el sacerdote, ó usando el nombre que él adoptó en honor de la Casa de Flavio, Flavius Josephus, nació en 37-38 de nuestra Era, y vivió por lo menos hasta el año 100. Su padre Matthias era miembro de una de las elevadas familias sacerdotales, un sabio de la Ley y de gran reputación en Jerusalem. Matthias era, pues, un contemporáneo de Pilatos y, por consiguiente, debió haber sido testigo de vista de aquellos sucesos maravillosos de Jerusalem, que las narraciones del Evangelio describen tan gráficamente con relación á la muerte de Jesús; hasta pudiera suponerse que tomara parte en ellos, y, cuando menos, no pudo dejar de oír hablar de ellos si realmente ocurrieron como se describen.

Josefo, si es que podemos aceptar lo que de sí mismo refiere, fué desde su más temprana edad educado en la Ley, y se hallaba poseído de un deseo insaciable de instrucción religiosa. Cuando solo contaba catorce años de edad, los mismos sacerdotes y doctores, según él cuenta, acostumbraban á hacerle preguntas sobre puntos difíciles del Táhora y sus tradiciones. Esto puede, por supuesto, referirse sencillamente á su maravillosa memoria, en cuyo ejercicio consistía la mayor parte de tal instrucción; pero además de esto, se nos dice, estaba extremadamente ansioso de conocer y practicar el lado interno de la religión, y se ocupaba mucho en el estudio de las doctrinas de todas las sectas del judaísmo. Durante tres años se retiró al desierto, aparentemente entre alguna comunidad esenia, sometién dose á su rigurosa disciplina. En el año 64 de nuestra Era, á la edad de veintiséis años, se le ve en Roma interesado en obtener la libertad de algunos amigos suyos sacerdotes que, hasta en la prisión misma, rehusaban las viandas gentiles, y se las arreglaban para mantenerse con el régimen asceta de higos y nueces.

Durante la Guerra Judía se le dió á Josefo el importante mando de Galilea, y desplegó un conocimiento íntimo del país que, según la tradición del Evangelio, fué el escenario principal del ministerio de Jesús. Como prisionero voluntario de los romanos, desempeñó un importante papel en apresurar el fin de la guerra, siendo luego tenido en muy alta estima por los go-

bernantes del Imperio, y dedicándose á escribir una historia de su pueblo y un relato de la guerra. Otras muchas razones pudieran aducirse, pero con lo dicho basta para demostrar por qué Josefo, que pudiera ser llamado «el historiador de la época mesiánica», es precisamente el autor de quien puede esperarse que nos diga algo decisivo acerca de los cristianos y sus orígenes. Ni tampoco puede el odio de los judíos á la memoria del «traidor» —que les hace considerar todavía todo cuanto ha escrito acerca de aquellos días, con sospecha exagerada—mermar en modo alguno la autoridad de Josefo en este concepto; pues la queja de los cristianos en su contra no es que los desfigure en sus comienzos, sino que ignorase absolutamente que existieran.

Es verdad que tenemos aquel famoso pasaje de sus *Antigüedades* (XVIII, III, 3) que amplía y doctrinalmente confirma la tradición del Evangelio; pero, como una falsedad tan transparente pudo pasar inadvertida aun en la época en que menos se ejerciera la crítica, es una cosa que maravilla. Desde hace muchos años ha sido abandonada por todas las escuelas de la crítica, hasta la más conservadora, y basta con coger cualquier traducción ó texto moderno, para ver que se le caracteriza definitivamente como una interpolación ó entreparéntesis (1). No tan solo se nos presentan más de una docena de argumentos de los más potentes contra su autenticidad, sino que además tenemos la declaración explícita de Orígenes, en el siglo tercero, de que Josefo (cuyas obras conocía y á quien citaba para probar la existencia histórica de Juan el Bautista) no creía en modo alguno que Jesús fuese el Cristo (2) al paso que el espúreo pasaje declara categóricamente que era el Cristo. Sin embargo, hay algunos eruditos que al paso que admiten que está groseramente interpolado, tratan de salvar algunos fragmentos del pasaje (3) y hasta hay un valiente apologista que sostiene su completa autenticidad (4).

(1) Véase, por ejemplo, la traducción alemana de F. Kaulen: *Flavius Josephus jüdische Alterthümer* (Colonia 1892, 3.<sup>a</sup> ed., pág. 620), y el texto crítico de B. Niese: *Flavii Josephi Opera* (Berlín 1890) IV, págs. 151 y 152. La traducción francesa más reciente, editada por T. Reinach, *Œuvres complètes de Flavius Josèphe* (Paris 1900) no nos ha dado aún más que cinco libros de las *Antigüedades*.

(2) Orígenes: *Contra Celsum* I, 47.

(3) Véase *Christus bei Josephus Flavius*, de G. A. Müller (Innsbruck 1895, 2.<sup>a</sup> ed.)

(4) *Flavius Josephus über Christus und die Christen*, por F. Bole (Brixen 1896).

Pero si hay algo de seguro en todo el campo que abarca la crítica, es que este pasaje no fué escrito por Josefo. Y siendo esto así, la referencia (en Antig. XX, IX, I) á cierto Jacobo, «el hermano de Jesús llamado el Cristo», constituye la única referencia á Jesús que Orígenes pudo descubrir en los voluminosos escritos de Josefo; pero desgraciadamente la declaración de Orígenes hace surgir graves dudas respecto de las palabras «hermano de Jesús llamado Cristo», pues por dos veces declara (1) que Josefo describe la caída de Jerusalem y la destrucción del Templo como un castigo divino por el asesinato de este Jacobo—, opinión ésta que es de todo punto improbable que haya sido sustentada por Josefo y de la cual no se ve rastro alguno en el pasaje en que se encuentra la frase de que nos ocupamos, como tampoco en las demás obras de Josefo. Por lo tanto, es muy probable que esta frase fuese tomada de Orígenes é incorporada al texto de Josefo por escribientes posteriores. Siendo éstas las únicas referencias que pueden aducirse en los voluminosos escritos del historiador judío, la consecuencia es que Josefo no sabía nada acerca de «el Cristo», aunque sabía mucho respecto de varios «Cristos».

Aunque el argumento del silencio debe recibirse en todas ocasiones con gran prevención, no puede por menos de impresionarnos en el caso de Josó ben Mattatiah; pues es casi humanamente imposible, si los detalles de la tradición cristiana y los asuntos del mundo cristiano hubiesen sido históricos en el tiempo de Josefo, tal cual se declara que lo eran en nuestros documentos canónicos, que el historiador de aquella época y país especiales hubiese guardado silencio respecto de los mismos. Si estas cosas sucedieron tal cual se refieren, no hay razón ninguna convincente que pueda explicar el silencio de un hombre que, como Josefo, estuvo en la situación más admirable para haberlas conocido.

Josefo había sido educado en una Comunidad esenia y hasta parece que fué á Roma por causas de intereses «esenios». Es precisamente el hombre más á propósito para hablarnos de esas primitivas comunidades cristianas que fueron formadas sobre modelos que se parecían mucho á los de los Piosos, los Pobres y los Desnudos. Va á Roma precisamente en la época en que se

(1) Orígenes: *Contra Celsum* I, 47, II 13.

dice que Pablo estaba allí, y en la que sin duda estaba, y en el tiempo en que, si hemos de creer á Tácito, los cristianos fueron destinados á la persecución pública y á crueles martirios por la tiranía imperial; y, sin embargo, él ignora todo esto. Respecto al ministerio y muerte de Jesús, pudiera decirse que todo esto sucedió antes que Josefo naciese, aunque seguramente pudiera suponerse que su padre le hubiera referido tales sucesos, no sólo sorprendentes, sino abrumadores; sin embargo, es extraño que respecto de la cruenta tragedia de Roma no sepa él, al parecer, ni siquiera tanto como de una comunidad de cristianos.

¿Es que el relato en aquellos días era otro que el que hoy tenemos? ¿Estaban los orígenes del Cristianismo, como en otra parte hemos ya sugerido, ocultos entre los individuos juramentados de las comunidades místicas y órdenes ascetas, y sólo imperfectamente conocidos de sus círculos externos, los cuales estaban también muy comprometidos á guardar secreto? ¿Perteneció todo á una fecha posterior á la que estamos acostumbrados á considerarlo? ¿Quién puede declarar esto con toda seguridad? El silencio de Josefo nos permite especular, pero no nos da una respuesta á nuestras preguntas. Pudiera hasta ser el caso de que algunos ítems de lo que el escritor judío nos dice acerca de otros jefes de sectas y de pretendientes al mesianismo hayan sido fundidos y transformados más adelante por nuestros escritores de Evangelios ó por sus inmediatos predecesores, y usados así para llenar la historia de una vida de la cual solo poseían muy pocos datos históricos. Pero este es un asunto de investigación delicado y oscuro que requiere un nuevo tratamiento (1).

Vemos, pues, así en lo que se refiere á nuestra presente investigación, que no podemos obtener ayuda alguna positiva de ningún escritor judío ó pagano del siglo primero ni del primer cuarto del segundo. Falta averiguar si podemos conseguir alguna luz de los fragmentos de evangelios extra canónicos ó de los restos de antiguas tradiciones cristianas y de los apócrifos en general.

G. B. S. MEAD.

(Se continuará).

(1) Véase el ensayo de Salomón (G). *The Jesus of History and the Jesus of Tradition Identified* (Londres 1880).

## TEOSOFÍA É IMPERIALISMO

CONFERENCIA DE MRS. ANNIE BESANT

AMIGOS míos: En medio del tumulto de la ostentación nacional, en medio de la intoxicación de una paz hecha después de una guerra larga y abrumadora (1), puede existir el peligro de que el pueblo, dejándose llevar demasiado por la pasión, excitado en demasía por el triunfo del momento, pierda de vista las verdades más profundas, las realidades más transcendentales que constituyen el fundamento de toda grandeza nacional permanente. Y á mí me ha parecido que sería bueno, en tales momentos, sacar la cuestión fuera de la lucha de los partidos querellantes, fuera de las disputas de las personalidades combatientes, y contemplar la doctrina del imperialismo bajo el aspecto de una teoría del mundo, de una idea sobre la vida que comprende la evolución humana como un todo, y la considera desde un punto de vista elevado é imparcial, á fin de que podamos colocarnos sobre las cuestiones inmediatas del día, y ver si comprendemos claramente la dirección en que deseamos marchar, si nos penetramos de las condiciones requeridas por la grandeza nacional permanente, si llegamos á ver que no reside en la fuerza que conquista, sino en la justicia que protege, y que ningún imperio puede ser grande á menos que esté fundado en la fraternidad, en la rectitud y en la verdad.

He de decir, en primer término, que al exponer juntos los nombres de Teosofía é Imperialismo, es mi deseo expresar la idea de que trataré de presentaros la cuestión del imperialismo bajo el aspecto que, para algunos de nosotros, es el espiritual y verdadero. Los hechos en que se basará mi teoría son los aceptados por el número siempre en aumento de gente pensadora que toma el nombre de teosofistas, pero las deducciones que haré derivar de esos hechos son solo mías y no deben tomarse como de aceptación obligada para otros; nadie más que yo es responsable de lo que aquí voy á exponer. Aunque todos podríamos estar de acuerdo respecto de los hechos, pudiera muy bien haber criterios distintos en las deducciones que de los mis-

mos se infieran, y como he dicho antes, las que trato de exponer son exclusivamente mías. Probaré el presentaros el asunto tal cual yo lo veo, al contemplar la vasta corriente de los hechos, y vosotros juzgaréis si mis opiniones son verdaderas ó falsas, si pueden conducir á la grandeza nacional ó si deben apartarse del pensamiento nacional.

Ahora bien; observando el curso de la evolución de las razas del mundo á la luz de la Teosofía, vemos ciertos hechos que sobresalen ostensiblemente: vemos que la evolución de las razas, lo mismo que la evolución de las personas, pasa á través de varios ciclos de desarrollo, madurez y decadencia, y que hay que considerar la vida de las razas como se considera la de las personas; que la historia de una vida nacida en el mundo, creciendo y desarrollándose, alcanzando su madurez, disponiendo de la fuerza, y luego decayendo lentamente, desapareciendo y dando lugar á otra, es una verdad para las razas de la humanidad, y que el estudio de las razas del pasado puede guiarnos en la previsión del papel que representa una raza en el presente. Y observamos, si miramos hacia atrás, que cada gran división de la raza humana, cada tipo fuertemente pronunciado del carácter de una raza, tiene su propio crecimiento y desarrollo, su época de vasto dominio, y luego otra vez su tiempo de decadencia lenta, gradual. Vemos que una raza tras otra se ha puesto á la cabeza, ha conquistado, ha gobernado, ha construído un gran imperio del mundo, y luego ha desaparecido gradualmente. Y al estudiar estos hechos del pasado, vemos que marchan mano á mano con grandes movimientos religiosos, con grandes impulsos espirituales, y que donde quiera que se percibe un nuevo orden de ideas espirituales, se le ve seguido de un nuevo orden de gobierno y de poder civilizador.

Al mirar hacia el nebuloso pasado, vemos cómo surge una gran religión oriental, la religión que aún impera en la India, y vemos el desarrollo y expansión de esta religión formando lentamente una raza poderosa en los moldes de una magnificencia imperial, de suerte que los gobernantes de aquel continente extendieron su dominio hasta los confines de las naciones circundantes. Luego vemos que el pensamiento religioso recibe un nuevo ímpetu, y el gran profeta Zarathustra surge de la cuna de la raza aria en el centro del Asia y predica sus ideas sobre la vida y la conducta; á la sombra de esta enseñanza, bajo la influencia modeladora de aquel potente profeta, se desarrolla la civilización irania y surge el imperio persa. Más hacia Occidente vemos cómo los mismos acontecimientos se habían verificado previamente en Egipto, y cómo la religión egipcia formó y modeló la civilización egipcia, y en sus Faraones produjo los monarcas-sacerdotes del imperio, el que también por medio de las conquistas guerreras extendió su influencia sobre los países vecinos. En tiempos posteriores volvemos á observar la misma cosa

(1) La guerra del Sud de Africa recientemente terminada.

cuando se fundó la gran República de Roma, cuando sus ejércitos realizaron conquistas en todas partes, surgiendo después el Imperio. Y en las últimas centurias, después de la Era Cristiana, vemos el gran impulso cristiano dado á la vida espiritual del mundo, y bajo su influencia formarse un nuevo tipo de civilización, pero no todavía un vasto imperio del mundo. Parece como si se hubiesen hecho tentativas para ello, pero sin éxito. La más notoria de éstas fué el encumbramiento del pueblo español, que en su tiempo pareció que iba camino de llevar su imperio á los límites de un vasto poder del mundo. Pero como quiera que España en sus conquistas no tuvo en cuenta la clemencia y el deber; como quiera que cuando sujetaba una raza á su dominio, la gobernaba para su exclusivo lucro y no para el bien del pueblo que conquistaba; como quiera que esclavizó las razas dominadas, haciéndolas trabajar para enriquecerse, obligándolas á esforzarse en beneficio suyo, haciéndolas luchar y morir por su propia exaltación, sin tener para nada en cuenta el bien ni el engrandecimiento de las mismas; de aquí que en los albores del Imperio de España, siendo ella la primera de las naciones europeas á que manifiestamente se había ofrecido el gran don, el gran depósito de un vasto imperio del mundo, el dedo de la Providencia escribiese á lo largo de los comienzos de aquel imperio: «Puesta á prueba no ha respondido.» De aquí que el imperio que alboreó pereciera antes de llegar á su meridiano, y España se hundiese más y más, porque resultó indigna de llevar el gran peso del imperio que tuvo en su mano.

Transcurrió el tiempo y nuevamente había que hacer un esfuerzo para ver si en medio de la civilización europea había un pueblo en estado de soportar el peso del imperio y pronto á manejar un vasto poder del mundo para la educación de los pueblos conquistados, é Inglaterra se encuentra hoy en lo que pudiéramos llamar la crisis de una elección nacional. Inglaterra ha conquistado como España conquistó una vez; Inglaterra ha estado extendiendo su poder más lejos de lo que España soñara. Sobre su cabeza se cierne hoy la diadema imperial de un vasto imperio del mundo. ¿Será Inglaterra lo bastante fuerte para la obra que tiene delante? ¿Conseguirá modelar un gran poder sobre el mundo que, sin esclavizarlo, siendo para él un protector, un maestro, un sostén, su guía hacia una civilización más noble, penetrándose de que el peso del imperio, al mismo tiempo que es un peso glorioso, es por otra parte un peso de responsabilidad, un grandioso depósito, un deber que Dios puede ofrecer á una nación, pero sin permitirle la posesión, á menos que se muestre digna de ello, á menos que las responsabilidades sean sostenidas noble y rectamente?

Tal es, en mi opinión, el problema que ante nosotros se presenta hoy. En todas partes el poder de Inglaterra se desarrolla y se extiende así como su lenguaje. Ahora bien; para nosotros

los teosofistas es interesante y significativo que la masa de Almas á quien tal oferta se hace, ha construído antes por dos veces un imperio y ha soportado su peso; pues la mayor parte de las almas que hicieron el imperio egipcio, vivió otra vez en la República é imperio de Roma, y han nacido y están naciendo en la raza anglosajona, y á la verdad, en toda la raza teutónica. Hombres que trabajaron en la Roma del Tiber, trabajan ahora en la Roma del Támesis en el mismo oficio de constructores de un imperio. Tenemos talos constructores entre nuestros generales y nuestros hombres de Estado y hasta fuera de sus filas. Semejantes Almas nacen en las naciones á quienes el Gobernante Divino presenta la diadema del imperio, y sus manos potentes y su vista penetrante, son hoy manos y vista británicas.

Pero antes de enumerar las partes componentes del imperio que se avecina, saludemos y expresemos de viva voz una esperanza por el creciente pueblo que debe estar con nosotros, que comparte con nosotros una común ascendencia, una común historia. Puede llegar á tener un imperio propio en el lejano porvenir, pero pueden unirse á nosotros en el que está más próximo el día de trabajo que alborea. Al otro lado del Atlántico existe una nación poderosa, salida de la raza británica, que debiera soportar una parte del peso imperial, pero que desgraciadamente se halla apartada de nosotros por las torpezas cometidas hace más de un siglo; ¿no sería posible, que ya hoy pudiese, por lo menos, formar parte de una vasta federación de todos los pueblos que hablan inglés, aun cuando rehusara estar dentro del círculo del imperio, como hubiera estado á no ser por los errores cometidos por Inglaterra hacia el final del siglo XVIII? Porque es un pueblo á quien Inglaterra necesita atraerse más y más, da suerte que aunque hoy no le una á él una sola Corona, el lazo de la sangre y el lazo de un pasado común pueda llevarlos á una unión más estrecha, y si el imperio del mundo se realiza, el Estado americano llegue á formar una verdadera parte del mismo, aunque técnicamente esté fuera de él, no como extranjero, sino como hermano, para compartir ese gran peso del gobierno.

En América crece también un gran pueblo, salido del riñón británico, que está modelando los destinos del potente Estado Canadiense, afortunadamente parte integrante de Inglaterra, allende los mares. En el Canadá está evolucionando una nación para formar una de las columnas del edificio del imperio del mundo, con una vasta extensión de territorio, con una prole que se multiplica constantemente, tan apta para la agricultura como para la guerra, tan industriosa en los campos de trigo como bizarra en los campos de batalla, uniendo la robustez del colono al arrojo del guerrero. Allí está el granero del imperio, el abastecedor del porvenir; y la previsión imperial debe apro-

ximar más el Canadá á la madre patria por medio de los más veloces vapores que el ingenio moderno pueda construir, y ayudar con subvenciones una línea oceánica tan útil en tiempo de paz como valiosísima en tiempo de guerra. Toda clase de lazos que la simpatía pueda inspirar y que la habilidad de los hombres de estado pueda plantear, debe unir Inglaterra al Canadá, lazos de comunidad de intereses, de comercio, de obras públicas, así como el lazo de la lealtad á una Corona imperial común.

Desarrollándose en el Pacífico del Sud, vemos otro hijo de Inglaterra, la joven y exuberante Federación Australiana, y la hermosa isla de Nueva Zelanda. Allí Inglaterra ve otra Inglaterra creciendo en lozana juventud, por haber evitado los errores que desgarraron de su lado las colonias americanas, y allí, ojos que jamás han visto la madre patria, la miran, sin embargo, con amor, como á su «Hogar».

No será con relación á estas partes del imperio, como el instinto imperial de los hijos de las islas británicas y de la Gran Bretaña será puesto á prueba. Estas están todas en proceso de un desarrollo natural y saludable, partes componentes del imperio, sus miembros y órganos. Hay dos países que pondrán á prueba á Inglaterra, dos tierras por las cuales se decidirá su capacidad para el imperio: una es el Africa del Sud, donde una guerra devastadora ha terminado; la otra es la India, su vasto dominio, donde gobierna sobre trescientos millones de seres humanos.

En el Africa del Sud hemos visto que la ira, la ambición, los pecados de los hombres, han sido dirigidos por el gobernante que guía los destinos de las naciones á servir objetivos y fines elevados. Comunes sacrificios, comunes pérdidas, comunes triunfos han hecho una á Inglaterra y á la Gran Bretaña. Luchas tenaces, batallas encarnizadas, contiendas prolongadas, han enseñado al inglés y al boer á respetarse mutuamente, han borrado recuerdos pasados que acarrearón las desavenencias, y han abierto así el camino para una paz duradera. ¿Pero mostrará el vencedor la paciencia, la fuerza, la previsión necesarias para convertir el enemigo en amigo, para satisfacer toda petición legítima, para esperar por una lealtad cordial á que los recuerdos amargos mueran lenta y naturalmente? ¿Puede él hacer una nación de los elementos discordantes y convertir vencedores y vencidos en ciudadanos? ¿Y puede él, al mismo tiempo, mantener bajo un dominio fuerte y firme las tribus salvajes que moran en la nación africana europea y alrededor de ella, é imponer la disciplina sin ferocidad, el trabajo sin crueldad y el orden sin opresión? En esto, verdaderamente, será probada la habilidad para el imperio; de esto dependerá en parte la decisión del porvenir.

Nos volvemos hacia Oriente y vemos el vasto dominio de la India, de donde depende la decisión final del porvenir; antes de

estudiarlo recordemos y tomemos nota de las diferentes condiciones que rodean los albores de este imperio comparándolo con los imperios del pasado.

En los tiempos antiguos el peso y la responsabilidad del imperio recaían en la cabeza del mismo, en el Monarca gobernante y en el Consejo que inmediatamente le asistía. El imperio era grande según era grande el Emperador; el imperio era bien gobernado según era el Emperador digno de sus funciones; pero en los tiempos modernos el imperio del mundo que ahora amanece ante nosotros, este nuevo imperio que puede ser más poderoso que ningún imperio del pasado lo ha sido, este imperio, por primera vez en la historia de la humanidad, depende menos de la figura central que lleva la Corona que de las vastas masas de su pueblo; pues el poder ha pasado en gran parte á manos de las naciones, y de ellas dependerá principalmente la decisión de la política y de la obra del imperio. Siendo esto así, y que es así está fuera de toda duda, preséntase desde luego ante nosotros el dilema siguiente: ¿Es este pueblo digno del imperio, tiene el poder, el desinterés, la conciencia del deber que únicamente puede hacerle digno de un dominio que se extienda alrededor del mundo? ¿Quiere ser una nación imperial por razón del orgullo y de la gloria, por el lustre y ostentación del imperio, ó quiere ser una nación imperial, á fin de que el mundo se encuentre mejor porque él gobierna, porque es digno de llevar tal peso, porque es capaz de dominar las cuestiones que se le sometan, y de dirigir la política de un imperio?

Ahora bien; á juzgar por el derrotero seguido por el pueblo, hasta hoy no ha mostrado, y lo someto á vuestro juicio, en los deberes del poder imperial, ese mismo vehemente interés que ha mostrado en la cuestión más mezquina de si su propio país, este rincón del imperio, es ó no victorioso y próspero. Hay mucho mayor interés hoy entre las masas del pueblo en la cuestión de una victoria ó de una derrota casual, que en la administración de este poderoso Estado y el conocimiento que se requiere para gobernarlo bien y dirigirlo debidamente. Vuelvo á la India, pues en ella podemos estudiar nuestro problema. ¿Qué es lo que sabéis de vuestro imperio Indio? ¿Qué es lo que entendéis de las cuestiones que son de vida ó muerte para trescientos millones de seres humanos; á quienes gobernáis despóticamente? ¿Qué es lo que sabéis acerca de las causas del hambre que durante los últimos cinco años ha devastado ese magnífico dominio, y ha destrozado el corazón de aquellos que trabajan por el remedio, cuando este remedio viene demasiado tarde? No corresponde á un pueblo imperial permitir que el hambre venga de tiempo en tiempo y luego tratar simplemente de remediarla. Está bien que se trate del remedio cuando el hambre se presenta, pero el deber de una raza imperial es comprender las causas, la razón de estas hambres periódicas y luego procurar un remedio

que prevenga en vez de un remedio que trate de salvar á millones de miseros esqueletos que amenazan convertirse en polvo de la muerte. ¿Falta de lluvias? ¡Sí! ¿Plétora de población? ¡Sí! Pero estas son partes pequeñas de la causa y el ocuparse de ellas no remediará el mal.

Ahora bien; si no os jactarais de ser un pueblo que se sabe gobernar, no habría apelación en un asunto de esta clase. Pero yo os pregunto si tenéis derecho á gobernar 300.000.000 de personas sin comprender el alfabeto de las cuestiones indias, ni aun siquiera en el seno de vuestro Parlamento imperial. Porque ¿qué es lo que vemos? Vemos que cuando hay un debate sobre la India, grandes extensiones de paño verde ocupan el lugar de los legisladores, y que sólo unas pocas personas se interesan en las cuestiones que son de importancia vital para el porvenir del imperio.

(Se continuará).



## DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

Los babus bengalos nacen amanuenses; invaden todas las estaciones de ferrocarril, oficinas de correos y telégrafos y los juzgados. Envueltos en su *toga virilis* de muselina blanca, con las piernas desnudas hasta la rodilla y la cabeza descubierta, se pavonean orgullosamente en los andenes de las estaciones ó á la entrada de sus oficinas, lanzando miradas despreciativas á los mahrattis, á quienes gusta extraordinariamente llevar numerosas sortijas y bonitos pendientes en la parte superior de la oreja derecha. Los bengalos, al contrario de los demás hindus, no se pintan señales de secta en la frente. La única joya que no desprecian del todo es un costoso collar; pero aun esto no es común. Contra lo que es de suponer, los mahrattis, con todas sus costumbres afeminadas, constituyen la tribu más valiente de la India, soldados bravos y experimentados: hecho que ha sido demostrado por siglos de lucha; pero Bengala no ha producido todavía un solo soldado de entre sus sesenta y cinco millones de habitantes. Ni un solo bengalo se encuentra en los regimientos indígenas del ejército británico. Esto es un hecho extraño que en un principio no quise creer, pero que ha sido confirmado por muchos

oficiales ingleses y por los bengalos mismos. Pero con todo esto, están lejos de ser cobardes. Sus clases pudientes llevan, en verdad, una vida afeminada; pero sus zemindras ó aldeanos son, sin duda, valientes. Desarmados por su presente Gobierno, los aldeanos bengalos salen á afrontar al tigre armados tan sólo de una maza, y esto tan tranquilamente como cuando llevaban escopetas y espadas.

Muchos senderos y arboledas extraviadas, que probablemente no habían sido jamás pisados antes por ningún pie europeo, fueron visitados por nosotros durante estos pocos días. Gulab-Lal Sing estaba ausente, pero nos acompañaba uno de sus fieles servidores, y el buen recibimiento que en casi todas partes encontrábamos, era debido, seguramente, á la influencia mágica de su nombre. Si los miseros y desnudos aldeanos retrocedían ante nosotros y cerraban sus puertas al aproximarnos, en cambio los brahmanes eran tan obsequiosos como pudiera desearse.

Las vistas en los alrededores de Kandesh, en el camino á Talhner y Mhau son muy pintorescas. Pero el efecto no se debe por completo á la hermosura de la Naturaleza. El arte tiene mucha parte en ello, especialmente en los cementerios musulmanes. En la actualidad todos están más ó menos destruidos y abandonados, debido al aumento de habitantes hindus que los rodean, y á haber sido expulsados los príncipes musulmanes, en un tiempo señores de la India. Los musulmanes hoy en día están bastante mal y tienen que soportar más humillaciones que los mismos hindus. Pero, sin embargo, han dejado muchos recuerdos detrás de sí, y entre otros sus cementerios. La fidelidad de los musulmanes á sus muertos es un rasgo conmovedor de su carácter. Su afecto por los que han partido, es siempre más demostrativo que el que sienten por los individuos vivos de sus familias, y se concentra casi por completo en sus últimas mansiones. Así como sus nociones del paraíso son groseras y materiales, así es de poética la apariencia de sus cementerios, especialmente en la India. Se puede pasar deliciosamente horas enteras en esos umbríos y encantadores jardines, en medio de sus blancos monumentos coronados de turbantes, cubiertos de rosas y jazmines y guarecidos por filas de cipreses. A menudo nos deteníamos en estos lugares para dormir y para comer. Cerca de Talhner hay un cementerio especialmente atractivo. Entre varios mausoleos en buen estado de conservación, el más magnífico es el monumento de la familia de Kiladar, que fué ahorcado en la torre de la ciudad por orden del general Hislop en 1818. Otros cuatro mausoleos atrajeron nuestra atención, y supimos que uno de ellos es célebre en toda la India. Es un octógono de mármol blanco cubierto de arriba á abajo con esculturas como no se encontrarían iguales ni aun en el Père La Chaise. Una inscripción persa en su base da noticia de que costó cien mil rupias. Por el día, bañado por los ardientes rayos del sol, su alto contorno á modo de minarete, se asemeja á un bloque de hielo, destacándose en el azul firmamento. De noche, con la ayuda de la intensa y fosforescente claridad de la luna, propia de la India, es aún más deslumbrante y poético. Su cumbre parece

como si estuviera cubierta de cristales de nieve acabada de caer. Elevando su esbelto perfil sobre el fondo oscuro de la enramada, parece una aparición nocturna, remontándose sobre esta silenciosa mansión de la muerte, y lamentando lo que no volverá jamás. Al lado de estos cementerios están los gháts hindus, generalmente á orillas del río. Hay realmente algo grande en el ritual de quemar los muertos. Al presenciar esta ceremonia el espectador es impresionado por la profunda filosofía que existe en la idea fundamental de esta costumbre. Después de una hora no queda del cuerpo más que un puñado de ceniza. Un brahman profesional, como sacerdote de la muerte, esparce estas cenizas á los vientos sobre un río. Las cenizas de lo que una vez vivió y sintió, amó y odió, gozó y sufrió, son así devueltas otra vez á los cuatro elementos: á la *Tierra*, que lo alimentó durante tanto tiempo y por medio de la cual creció y se desarrolló; al *Fuego*, emblema de la pureza, que acaba de devorar el cuerpo á fin de que el espíritu pueda limpiarse de toda impureza, y pueda libremente gravitar hacia la nueva esfera de existencia póstuma, donde cada pecado es un impedimento en el camino hacia «Moksha» ó dicha infinita; al *Aire* que aspiraba y por medio del cual vivía; y al *Agua*, que lo purificaba física y espiritualmente, y que recibe ahora sus cenizas en su propio seno.

El adjetivo «puro» debe entenderse en el sentido figurado del mantram. Generalmente hablando, los ríos de la India, principiando por el tres veces sagrado Ganges, son terriblemente sucios, especialmente cerca de las aldeas y ciudades. En estos ríos unos doscientos millones de personas se limpian diariamente la transpiración tropical y la porquería. Los cadáveres de los que no valen para ser quemados, son arrojados en los mismos ríos, y su número es grande, porque comprende todos los shudras, parias y otros varios proscriptos, como también los niños brahmanes de menos de tres años de edad.

Solamente las personas ricas y de elevada alcurnia son enterradas pomposamente. Para ellos es para quienes se encienden los fuegos con madera de sándalo después de puesto el sol; para ellos se cantan mantrams y se invoca á los dioses. Pero los shudras no deben en modo alguno oír las palabras divinas dictadas en el principio del mundo por los cuatro Rishis á Veda-Vyasa, el gran teólogo de Aryavasta. Para ellos no hay fuegos ni oraciones. Así como durante su vida un shudra no se aproxima á un templo á menos de siete pasos, así, aun después de la muerte, no puede ser puesto al mismo nivel que los «dos veces nacidos».

Vivamente arden los fuegos, extendiéndose como ígnea serpiente á lo largo del río. Los contornos oscuros de extrañas figuras se mueven silenciosamente entre las llamas. Algunas veces levantan los brazos hacia el cielo, como en oración; otras veces añaden combustible á los fuegos y los huragan con grandes horquillas de hierro. Las llamas moribundas elevanse en alto, serpeando y danzando, saturadas de grasa humana derretida y lanzando al cielo una lluvia de chispas que se pierden instantáneamente en nubes de humo negro.

Esto en la orilla derecha del río. Veamos ahora lo que pasa en la izquierda. En las primeras horas de la mañana, cuando los rojos fuegos, las nubes negras de miasmas y las flacas figuras de los fakires se hacen confusas y se desvanecen poco á poco; cuando el olor de carne quemada es arrastrado por el viento fresco que se levanta al aproximarse el alba; en una palabra, cuando la orilla derecha del río se sumerge en la quietud y el silencio, para volver á despertar á la venida de la noche, procesiones de muy distinta especie aparecen en la orilla izquierda. Véanse grupos de hombres y mujeres hindus en comitivas tristes, silenciosas. Se aproximan al río sosegadamente. No lloran ni tienen ritos que ejecutar. Se ven dos hombres llevando algo largo y delgado envuelto en un viejo harapo encarnado. Cogiéndolo por la cabeza y los pies lo lanzan á las sucias y amarillentas ondas del río. El choque es tan violento, que el rojo harapo se despliega y se percibe la cara de una joven pintada de verde oscuro, que desaparece prontamente en el río. Más adelante otro grupo: un anciano y dos mujeres jóvenes. Una de ellas, una muchachita de diez años, pequeña, delgada, no desarrollada por completo, solloza amargamente. Es la madre de un niño mudo de nacimiento, cuyo cuerpo va á ser arrojado al río. Su débil voz resuena monótonamente en la orilla, y sus manos temblorosas no tienen la fuerza suficiente para levantar el pobre pequeño cadáver, que es más bien un oscuro gatito que un sér humano. El viejo trata de consolarla, y cogiendo el cuerpo, entra en el agua y lo lanza al medio del río. Tras él entran ambas mujeres en el río, y después de haberse sumergido siete veces para purificarse del contacto del cadáver, vuelven á su casa con los vestidos chorreando agua. Mientras tanto, buitres, cuervos y otras aves de rapiña se reúnen, formando densas nubes, y retardan considerablemente el avance de los cadáveres río abajo. Algunas veces un esqueleto á medio despojar tropieza entre las cañas y allí permanece encallado durante semanas, hasta que un proscripto, cuya triste tarea es ocuparse durante toda su vida en tan inmundo trabajo, se apercibe de ello, y, cogiéndolo por los riñones con su largo garabato, lo devuelve á la corriente hacia el Océano.

Pero abandonemos la orilla del río, donde el calor es insoportable á pesar de lo temprano de la hora. Digamos adiós al acuoso cementerio de los pobres. ¡Repugnantes y desgarradores son tales espectáculos para los ojos del europeo! É inconscientemente dejamos que las ligeras alas de la imaginación nos transporte al lejano Norte, á los apacibles cementerios de las aldeas, donde no hay monumentos de mármol coronados de turbantes, ni fuegos de madera de sándalo, ningún río sucio para servir de último lugar de reposo, pero donde humildes cruces de madera se hallan en filas guarecidas por abedules. ¡Cuán apaciblemente reposan nuestros muertos bajo la verde yerba! Ninguno de ellos vió jamás estas palmas gigantescas, estos palacios y pagodas suntuosas cubiertas de oro. Pero en sus pobres tumbas crecen violetas y lirios del valle, y en las noches de primavera los ruiseñores les cantan en los viejos abedules.

Ningún ruiseñor canta para mí, ni en las arboledas vecinas, ni en mi propio corazón. Aquí menos que en ninguna parte.

Vaguemos á lo largo de esta pared de piedras rojizas. Nos conducirá á una fortaleza en un tiempo célebre y empapada en sangre, ahora inofensiva y medio arruinada, como muchas otras fortalezas indias. Multitud de verdes papagayos, asustados por nuestra llegada, vuelan saliendo de todas las cavidades de la vieja pared, sus alas resplandecientes al sol, como otras tantas esmeraldas voladoras. Este territorio es maldecido por los ingleses. Es Chandvad, donde durante la rebelión Lepoy, los bhils salieron de sus emboscadas como un poderoso torrente de la montaña, y degollaron muchos ingleses.

*Tatva*, antiguo libro indio, tratando de la geografía de los tiempos del Rey Asoka (250-300 antes de Nuestra Era), nos dice que el territorio Mahratti se extiende hasta los muros de Chandvad ó Chandor, y que el país de Kandesh principia al otro lado del río. Pero los ingleses no creen en *Tatva*, ni en ninguna otra autoridad, y quieren que sepamos que Kandesh principia precisamente al pie de las colinas de Chandor.

Doce millas al S. E. de Chandvad hay toda una ciudad de templos subterráneos, conocidos bajo el nombre de Enkay-Tenkay. Aquí también la entrada está á cien pies de la base, y la colina es piramidal. No debo intentar una descripción completa de estos templos, porque es asunto que hay que exponer de un modo nada compatible con artículos de periódicos; y así sólo observaré que aquí todas las estatuas, ídolos y esculturas son atribuidas á ascetas budhistas de los primeros siglos después de la muerte de Buddha. Bien quisiera yo poder contentarme con esta declaración. Pero, desgraciadamente, *messieurs les archeologues* se encuentran aquí con una inesperada dificultad, y más seria que todas las dificultades que les han acarreado las incongruencias de todos los demás templos juntos.

En estos templos hay más ídolos designados como Buddhas que en ninguna otra parte. Cubren la entrada principal, se sientan en densas filas á lo largo de los balcones, ocupan los muros interiores de las celdas, vigilan las entradas de todas las puertas como gigantes monstruosos, y dos de ellos se sientan en el estanque principal, donde el agua de los surtidores los lava siglo tras siglo sin daño alguno de sus cuerpos de granito. Algunos de estos Buddhas están decentemente vestidos, con pagodas piramidales en la cabeza por adorno, otros están desnudos; algunos sentados, otros de pie; algunos son verdaderos colosos, otros pequeños y otros de mediana estatura. Sin embargo, nada de esto importaría; más aún, podemos pasar por alto el hecho de que la reforma de Gautama ó de Siddhartha-Buddha consistió precisamente en su vehemente deseo de arrancar de raíz la idolatría brahmánica. Por más que, por supuesto, no podamos menos de recordar que su religión

permaneció pura de idolatría de toda clase durante siglos, hasta que los Lamas del Tibet, los chinos, los birmanios y los siameses la desfiguraron y adulteraron con herejías. No podemos olvidar que, perseguida por los brahmanes vencedores y expulsada de la India, encontró finalmente una morada en Ceilan, donde aún florece como el legendario aloe, que se dice que florece una vez en su vida y luego muere, por ser muerta la raíz por la exuberancia de la flor, y que las semillas no pueden producir más que yerbas nocivas. Todo esto pudiera pasarse por alto, como he dicho antes; pero la dificultad de los arqueólogos persiste siempre, si no en el hecho de atribuir ídolos á los budhistas primitivos, por lo menos en las fisonomías, en el tipo de todos estos Buddhas de Enkay-Tenkay. Todos ellos, desde los más pequeños á los más grandes, son *negros*, con narices chatas, labios gruesos, ángulo facial de 45° y pelo crespo. No hay la menor semejanza entre estas caras negras y los Buddhas siameses ó tibetanos, los cuales tienen todos puramente facciones mongoles y pelo perfectamente liso. Este tipo africano inesperado, del todo desconocido en la India, trastorna por completo á los anticuarios. Esta es la razón por qué los arqueólogos eluden mencionar estas cuevas. Enkay-Tenkay es para ellos una dificultad aún peor que Nassik; la encuentran tan difícil de vencer, como los persas las Termópilas.

Pasamos por Maleganva y Chikalval donde examinamos un antiguo templo de los jainas, excesivamente curioso. En la construcción de sus muros exteriores no se había empleado cemento alguno; consisten totalmente de piedras cuadradas, tan perfectamente labradas y ajustadas, que la hoja del más delgado cuchillo no puede penetrar entre las juntas; el interior del templo está decorado con riqueza.

A nuestro regreso no nos detuvimos en Thalner, sino que continuamos directamente á Ghara. Allí tuvimos otra vez que alquilar elefantes para visitar las espléndidas ruinas de Mandu, que en un tiempo fué una ciudad fuertemente fortificada, á veinte millas al noroeste de este sitio. De esta vez llegamos allí rápidamente y sin contratiempos. Menciono este lugar porque algún tiempo después presencié en sus alrededores una escena muy curiosa que nos proporcionó una rama de los numerosos ritos indios, llamada generalmente «culto dei diablo».

Mandu está situado en la cumbre de las Montañas Vindhya, á dos mil pies sobre el nivel del mar. Según se expresa Malcolm, esta ciudad fué construida en 313 de nuestra Era, y durante mucho tiempo fué la capital de los Rajas hindus de Dhara. El historiador Ferishtah señala á Mandu como la residencia de Dilivan-Khan-Ghuri, el primer rey de Malva, que floreció en 1387-1405. En 1526 la ciudad fué tomada por Bahadur-Shah, rey de Gujerat, pero en 1570 Akbar recuperó esta ciudad, y una losa de mármol sobre la puerta de la misma lleva todavía su nombre y la fecha de su visita.

Al penetrar en esta vasta ciudad en su estado presente de soledad (los

indígenas la llaman la «ciudad muerta») todos experimentamos un sentimiento peculiar, parecido á la sensación que experimenta una persona que entra en Pompeya por primera vez. Todo tiende á demostrar que Mandu fué en un tiempo una de las ciudades más opulentas de la India. La muralla de la ciudad tiene treinta y siete millas de largo. Hay calles de millas enteras; á sus lados hay ruinas de palacios, y por el suelo yacen columnas de mármol. Obscuras excavaciones de los recintos subterráneos, en cuya frescura ricas damas pasaban las horas más calurosas del día, asomaban entre las ruinosas paredes de granito. Más allá encuéntanse escaleras fragmentarias, estanques secos, fuentes sin agua, innumerables patios vacíos, plataformas de mármol y arcos desfigurados de pórticos majestuosos. Todo esto está cubierto de trepadoras y malezas que ocultan cavernas de fieras. Aquí y allí elévanse en alto sobre la ruina general, alguna que otra pared bien conservada, con sus ventanas vacías, guarnecidas de plantas parásitas, que parecían mirarnos fijamente á modo de ojos sin vista, protestando de importunos molestos. Y todavía más allá, en el centro mismo de las ruinas, en el corazón de la muerta ciudad, álzanse multitud de quebrados cipreses, una arboleda desguarnecida en el sitio donde en un tiempo se levantaban tantos pechos y clamaban tantas pasiones.

En 1570 esta ciudad era llamada *Shadiabad*, la mansión de la dicha. Los misioneros franciscanos, Adolfo Aguaviva, Antario de Moncerotti y otros, que fueron allí aquel mismo año como embajada de Goa, á solicitar unos privilegios del Gobierno mogol, la describen una y otra vez. En esta época era una de las ciudades más grandes del mundo, cuyas magníficas calles y frondosos caminos asombraban á las Cortes más pomposas de la India. Parece casi increíble que en un período tan corto no haya quedado nada de esta ciudad sino montones de escombros, entre los cuales apenas si pudimos encontrar un lugar para nuestra tienda. Finalmente nos decidimos á levantarla en el único edificio que quedaba en un estado tolerable de conservación, en Yami-Masjid, la mezquita-catedral, en una plataforma de granito que se elevaba unos veinticinco pies sobre la plaza. Los escalones, contruidos de mármol puro, como la mayor parte de los edificios de la ciudad, son anchos y casi sin deterioro alguno del tiempo, pero el techo ha desaparecido por completo, por lo que nos vimos obligados á establecernos bajo la estrellada cubierta.

Todo en derredor de este edificio, transcurre una galería sostenida por varias filas de gruesas columnas. A distancia hace recordar, á pesar de ser algún tanto tosco y desproporcionado, al Acrópolis de Atenas. Desde la escalera, donde nos detuvimos un momento, se veía el mausoleo de Gushanga-Guri, rey de Malva, en cuyo reino la ciudad estaba en el apogeo de su brillo y gloria. Es un edificio de mármol blanco, macizo y majestuoso, con un peristilo encubierto y columnas hermosamente esculpidas. Este peristilo conducía en un tiempo directamente al palacio, pero ahora está rodeado por un profundo barranco, lleno de fragmentos de rocas y cubierto de cac-

tus. El interior de este mausoleo está cubierto de doradas letras con inscripciones del Koran, y el sarcófago del sultán está colocado en el centro. Muy cerca de allí está el palacio de Baz-Bahadur todo hecho pedazos, un montón de polvo cubierto de árboles.

Pasamos todo el día visitando estos tristes restos y volvimos á nuestro sitio de refugio poco antes de la puesta del sol, exhaustos de hambre y sed, y llevando triunfalmente en nuestros bastones tres grandes serpientes que matamos á nuestra vuelta. El té y la cena nos esperaban. Con gran sorpresa nuestra encontramos visitantes en la tienda. El Patel de la aldea vecina—algo así entre un recaudador de contribuciones y un juez—y dos zemindares (propietarios) habían venido á presentarnos sus respetos y á invitarnos, juntamente con nuestros amigos hindus, algunos de los cuales conocían ya, á acompañarnos á sus casas. Al oír que teníamos intención de pasar la noche en la «Ciudad muerta», se mostraron muy indignados. Nos aseguraron que era sumamente peligroso y por completo imposible. Dos horas más tarde, las hienas, tigres y otras fieras saldrían seguramente detrás de cada arbusto y pared arruinada, sin mencionar miles de jacales y gatos salvajes. Nuestros elefantes no se estarían quietos, y de hacerlo, serían devorados. Debíamos dejar las ruinas lo más pronto posible é ir con ellos á la aldea más próxima, á donde llegaríamos en media hora. En la aldea todo estaba preparado para nosotros, y nuestro amigo el habu estaba ya allí impaciente por nuestra tardanza.

Al oír esto, comprendimos que nuestro prudente amigo, el de la cabeza desnuda, se evidenciaba por su ausencia. Probablemente se había marchado hacía algún tiempo, sin consultarnos, y se había dirigido directamente á la aldea, donde tenía amigos. Pero la tarde estaba tan dulce y nos sentíamos tan confortables, que la idea de echar por tierra todos nuestros planes para la mañana siguiente, no era, en modo alguno, atractiva. Por otra parte, nos parecía muy ridículo creer que las ruinas, entre las cuales habíamos vagado sin encontrar nada peligroso más que serpientes, estaban llenas de fieras. Así fué que nos sonreímos, dimos las gracias, pero sin querer aceptar la invitación.

«Pero positivamente no os atreveréis á permanecer aquí»—insistió el corpulento Patel.—«En caso de accidente seré responsable ante el Gobierno. ¿Es posible que no temáis pasar una noche sin dormir luchando con jacales, si no con algo peor? No creéis que estáis rodeados de fieras... Es verdad que son invisibles antes del anochecer, pero, sin embargo, son peligrosas. Si no nos queréis creer, creed en el instinto de vuestros elefantes, que son tan valientes como vosotros, pero algo más razonables. ¡Precisamente, miradles!»

Miramos. Verdaderamente, nuestros elefantes, de grave y filosófica apariencia, observaban en este momento una conducta muy extraña. Sus alzas trompas parecían otros tantos puntos de interrogación. Resoplaban y pateaban con inquietud. Un minuto más tarde uno de ellos rompió la fuerte

cuerda conque estaba atado á un trozo de columna, dió una vuelta repentina con todo su pesado cuerpo y se puso contra el viento, olfateando el aire. Era evidente que percibía algún animal peligroso cerca de allí.

El coronel le miró á través de sus gafas y silbó muy significativamente.

«Bien, bien», observó, ¿qué vamos á hacer si nos asaltan realmente los tigres?

«¿Qué vamos á hacer á la verdad?, pensé yo. Takur Gulab-Lal-Sing no está aquí para protegernos.»

Nuestros compañeros hindus estaban sentados á su manera oriental sobre el tapiz, masticando tranquilamente betel. Al preguntarles su opinión dijeron que no querían intervenir en nuestra decisión y que estaban prontos á hacer lo que quisiéramos. Pero en lo que respecta á la porción europea de nuestra partida, no había que dudar que estábamos atemorizados. Cinco minutos después montábamos en los elefantes, y al cuarto de hora, precisamente cuando el sol desaparecía tras de una montaña, siendo instantáneamente reemplazado por una densa obscuridad, pasamos por la puerta de Akbar y descendimos al valle.

Apenas estábamos á un cuarto de milla de nuestro abandonado campamento, cuando en la arboleda de cipreses resonaron agudos ahullidos de jacaes seguidos de un rugido potente muy conocido. No había posibilidad de seguir dudando. Los tigres fueron chasqueados con nuestra fuga. Su descontento hacía estremecer el aire, y un sudor frío asomó á nuestras frentes. Nuestro elefante se lanzó hacia adelante desbaratando el orden de nuestra marcha y amenazando aplastar á los caballos con sus ginetes delante de nosotros. Nosotros mismos, sin embargo, estábamos fuera de peligro; encerrados dentro de un fuerte *howdah* como en un calabozo.

«¡Es inútil negar que la hemos escapado buena!», observó el coronel mirando por la ventana á unos veinte servidores del Patel, muy ocupados en encender antorchas.

(Se continuará.)

